

Bauman, Zygmunt, Amor Líquido, acerca de la fragilidad de los vínculos humanos, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006, fragmentos

Primera edición en inglés, 2003
Primera edición en español, 2005
Quinta reimpresión en español, diciembre 2006

© 2003, Zygmunt Bauman
© 2003, Polity Press y Blackwell Publishers Ltd.
Título original: *Liquid love: on the frailty of human bonds*
ISBN de la edición original: 0-7456-2488-X

D.R. © 2005, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665 / 1414 Buenos Aires
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México D.F.

ISBN: 950-557-648-X

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723



PRÓLOGO

Ulrich, el héroe de la gran novela de Robert Musil, era –tal como lo anunciaba el título de la obra– *Der Mann ohne Eigenschaften*: el hombre sin atributos. Al carecer de atributos propios, ya fueran heredados o adquiridos irreversiblemente y de manera definitiva, Ulrich debía desarrollar, por medio de su propio esfuerzo, cualquier atributo que pudiera haber deseado poseer, empleando para ello su propia inteligencia e ingenio; pero sin garantías de que esos atributos duraran indefinidamente en un mundo colmado de señales confusas, con tendencia a cambiar rápidamente y de maneras imprevisibles.

El héroe de este libro es *Der Mann ohne Verwandtschaften*, el hombre sin vínculos, y particularmente sin vínculos tan fijos y establecidos como solían ser las relaciones de parentesco en la época de Ulrich. Por no tener vínculos inquebrantables y establecidos para siempre, el héroe de este libro –el habitante de nuestra moderna sociedad líquida– y sus sucesores de hoy deben amarrar los lazos que prefieran usar como eslabón para ligarse con el resto del mundo humano, basándose exclusivamente en su propio esfuerzo y con la ayuda de sus propias habilidades y de su propia persistencia. Suelos, deben conectarse... Sin embargo, ninguna clase de conexión que pueda llenar el vacío dejado por los antiguos vínculos ausentes tiene garantía de duración. De todos modos, esa conexión no debe estar bien anudada, para que sea posible desatarla rápidamente cuando las condiciones cambien... algo que en la modernidad líquida seguramente ocurrirá una y otra vez.

Este libro procura desentrañar, registrar y entender esa extraña fragilidad de los vínculos humanos, el sentimiento de inseguridad que esa fragilidad inspira y los deseos conflictivos que ese senti-

miento despierta, provocando el impulso de estrechar los lazos, pero manteniéndolos al mismo tiempo flojos para poder desanudarlos.

Al carecer de la visión aguda, la riqueza de la paleta y la sutileza de la pincelada de Musil –de hecho, cualquiera de esos exquisitos talentos que convirtieron a *Der Mann ohne Eigenschaften* en el retrato definitivo del hombre moderno– tengo que limitarme a esbozar una carpeta llena de burdos bocetos fragmentarios en vez de pretender un retrato completo, y menos aún definitivo. Mi máxima aspiración es lograr un *identikit*, un fotomontaje que puede contener tanto espacios vacíos como espacios llenos. E incluso esa composición final será una tarea inconclusa, que los lectores deberán completar.

El héroe principal de este libro son las *relaciones humanas*. Los protagonistas de este volumen son hombres y mujeres, nuestros contemporáneos, desesperados al sentirse fácilmente descartables y abandonados a sus propios recursos, siempre ávidos de la seguridad de la unión y de una mano servicial con la que puedan contar en los malos momentos, es decir, desesperados por “relacionarse”. Sin embargo, desconfían todo el tiempo del “estar relacionados”, y particularmente de estar relacionados “para siempre”, por no hablar de “eternamente”, porque temen que ese estado pueda convertirse en una carga y ocasionar tensiones que no se sienten capaces ni deseosos de soportar, y que pueden limitar severamente la libertad que necesitan –sí, usted lo ha adivinado– para relacionarse...

En nuestro mundo de rampante “individualización”, las relaciones son una bendición a medias. Oscilan entre un dulce sueño y una pesadilla, y no hay manera de decir en qué momento uno se convierte en la otra. Casi todo el tiempo ambos avatares cohabitan, aunque en niveles diferentes de conciencia. En un entorno de vida moderno, las relaciones suelen ser, quizá, las encarnaciones más comunes, intensas y profundas de la ambivalencia. Y por eso, podríamos argumentar, ocupan por decreto el centro de atención de los individuos líquidos modernos, que las colocan en el primer lugar de sus proyectos de vida.

Las “relaciones” son ahora el tema del momento y, ostensiblemente, el único juego que vale la pena jugar, a pesar de sus notorios riesgos. Algunos sociólogos, acostumbrados a elaborar teorías a partir de las estadísticas de las encuestas y de convicciones de sentido común, como las que registran esas estadísticas, se apresuran a concluir que sus contemporáneos están dispuestos a la amistad, a establecer vínculos, a la unión, a la comunidad. De hecho, sin embargo (como si se cumpliera la ley de Martin Heidegger, que afirma que las cosas se revelan a la conciencia solamente por medio de la frustración que causan, arruinándose, desapareciendo, comportándose de manera inesperada o traicionando su propia naturaleza), la atención humana tiende a concentrarse actualmente en la satisfacción que se espera de las relaciones, precisamente porque no han resultado plena y verdaderamente satisfactorias; y si son satisfactorias, el precio de la satisfacción que producen suele considerarse excesivo e inaceptable. En su famoso experimento, Miller y Dollard observaron que sus ratas de laboratorio alcanzaban un pico de conmoción y agitación cuando “la *adiance* igualaba la *abiance*”, es decir, cuando la amenaza de una descarga eléctrica y la promesa de una comida apetitosa estaban perfectamente equilibradas...

No es raro que las “relaciones” sean uno de los motores principales del actual “boom del *counselling*”. Su grado de complejidad es tan denso, impenetrable y enigmático que un individuo rara vez logra descifrarlo y desentrañarlo por sí solo. La agitación de las ratas de Miller y Dollard casi siempre se diluía en la inacción. La incapacidad de elegir entre atracción y repulsión, entre esperanza y temor, desembocaba en la imposibilidad de actuar. A diferencia de las ratas, los seres humanos que se encuentran en circunstancias semejantes pueden recurrir al auxilio de expertos consultores que ofrecen sus servicios a cambio de honorarios. Lo que esperan escuchar de boca de ellos es cómo lograr la cuadratura del círculo: cómo comerse la torta y conservarla al mismo tiempo, cómo degustar las dulces delicias de las relaciones evitando los bocados más amargos y menos tiernos; cómo lograr que la relación les confiera poder

sin que la dependencia los debilite, que los habilite sin condicionarlos, que los haga sentir plenos sin sobrecargarlos...

Los expertos están dispuestos a asesorar, seguros de que la demanda de asesoramiento jamás se agotará, ya que no hay consejo posible que pueda hacer que un círculo se vuelva cuadrado... Sus consejos abundan, aunque con frecuencia apenas logran que las prácticas comunes asciendan al nivel del conocimiento generalizado, y éste a su vez a la categoría de teoría erudita y autorizada. Los agradecidos destinatarios del consejo revisan las columnas sobre "relaciones" de los suplementos semanales o mensuales de los periódicos serios y menos serios buscando escuchar de las personas "que saben" lo que siempre han querido escuchar, ya que son demasiado tímidos o pudorosos como para decirlo por sí mismos; de ese modo se enteran de las idas y venidas de "otros como ellos" y se consuelan como pueden con la idea, respaldada por expertos, de que no están solos en sus solitarios esfuerzos por enfrentar esa encrucijada.

A través de la experiencia de otros lectores, reciclada por los *counsellors*, los lectores se enteran de que pueden intentar establecer "relaciones de bolsillo", que "se pueden sacar en caso de necesidad", pero que también pueden volver a sepultarse en las profundidades del bolsillo cuando ya no son necesarias. O de que las relaciones son como la Ribena:* si se la bebe sin diluir, resulta nauseabunda y puede ser nociva para la salud... —al igual que la Ribena, las relaciones deben diluirse para ser consumidas—. O de que las "parejas abiertas" son loables por ser "relaciones revolucionarias que han logrado hacer estallar la asfixiante burbuja de la pareja". O de que las relaciones, como los autos, deben ser sometidas regularmente a una revisión para determinar si pueden continuar funcionando. En suma, se enteran de que el compromiso, y en particular el compromiso a largo plazo, es una trampa que el empeño de "relacionarse"

* Una bebida frutal concentrada que se diluye, consumida comúnmente en el Reino Unido.

debe evitar a toda costa. Un consejero experto informa a los lectores que "al comprometerse, por más que sea a medias, usted debe recordar que tal vez esté cerrándole la puerta a otras posibilidades amorosas que podrían ser más satisfactorias y gratificantes". Otro experto es aún más directo: "Las promesas de compromiso a largo plazo no tienen sentido... Al igual que otras inversiones, primero rinden y luego declinan". Y entonces, si usted quiere "relacionarse", será mejor que se mantenga a distancia; si quiere que su relación sea plena, no se comprometa ni exija compromiso. Mantenga todas sus puertas abiertas permanentemente.

Si uno les preguntara, los habitantes de Leonia, una de las "ciudades invisibles" de Italo Calvino, dirían que su pasión es "disfrutar de cosas nuevas y diferentes". De hecho, cada mañana "estrenan ropa nueva, extraen de su refrigerador último modelo latas sin abrir, escuchando los últimos *jingles* que suenan desde una radio de última generación". Pero cada mañana "los restos de la Leonia de ayer esperan el camión del basurero", y uno tiene derecho a preguntarse si la verdadera pasión de los leonianos no será, en cambio, "el placer de expulsar, descartar, limpiarse de una impureza recurrente". Si no es así, por qué será que los barrenderos son "bienvenidos como ángeles", aun cuando su misión está "rodeada de un respetuoso silencio". Es comprensible: "una vez que las cosas han sido descartadas, nadie quiere volver a pensar en ellas".

Pensemos...

¿Los habitantes de nuestro moderno mundo líquido no son como los habitantes de Leonia, preocupados por una cosa mientras hablan de otra? Dicen que su deseo, su pasión, su propósito o su sueño es "relacionarse". Pero, en realidad, ¿no están más bien preocupados por impedir que sus relaciones se cristalicen y se cuajen? ¿Buscan realmente relaciones sostenidas, tal como dicen, o desean más que nada que esas relaciones sean ligeras y laxas, siguiendo el patrón de Richard Baxter, según el cual se supone que las riquezas deben "descansar sobre los hombros como un abrigo liviano" para poder "deshacerse de ellas en cualquier momento"? En definitiva,

¿qué clase de consejo están buscando verdaderamente? ¿Cómo anudar la relación o cómo —por si acaso— deshacerla sin perjuicio y sin cargos de conciencia? No hay respuestas fáciles a esa pregunta, aunque es necesario formularla, y seguirá siendo formulada mientras los habitantes del moderno mundo líquido sigan debatiéndose bajo el peso abrumador de la tarea más ambivalente de las muchas que deben enfrentar cada día.

Tal vez la idea misma de "relación" aumente la confusión. Por más arduamente que se esfuercen los desdichados buscadores de relaciones y sus consejeros, esa idea se resiste a ser despojada de sus connotaciones perturbadoras y aciagas. Sigue cargada de vagas amenazas y premoniciones sombrías: transmite simultáneamente los placeres de la unión y los horrores del encierro. Quizás por eso, más que transmitir su experiencia y expectativas en términos de "relacionarse" y "relaciones", la gente habla cada vez más (ayudada e inducida por consejeros expertos) de conexiones, de "conectarse" y "estar conectado". En vez de hablar de parejas, prefieren hablar de "redes". ¿Qué ventaja conlleva hablar de "conexiones" en vez de "relaciones"?

A diferencia de las "relaciones", el "parentesco", la "pareja" e ideas semejantes que resaltan el compromiso mutuo y excluyen o soslayan a su opuesto, el descompromiso, la "red" representa una matriz que conecta y desconecta a la vez: la redes sólo son imaginables si ambas actividades no están habilitadas al mismo tiempo. En una red, conectarse y desconectarse son elecciones igualmente legítimas, gozan del mismo estatus y de igual importancia. ¿No tiene sentido preguntarse cuál de las dos actividades complementarias constituye "la esencia" de una red! "Red" sugiere momentos de "estar en contacto" intercalados con períodos de libre merodeo. En una red, las conexiones se establecen a demanda, y pueden cortarse a voluntad. Una relación "indeseable pero indisoluble" es precisamente lo que hace que una "relación" sea tan riesgosa como parece. Sin embargo, una "conexión indeseable" es un oxímoron: las conexiones pueden ser y son disueltas mucho antes de que empiecen a ser detestables.

Las conexiones son "relaciones virtuales". A diferencia de las relaciones a la antigua (por no hablar de las relaciones "comprometidas", y menos aún de los compromisos a largo plazo), parecen estar hechas a la medida del entorno de la moderna vida líquida, en la que se supone y espera que las "posibilidades románticas" (y no sólo las "románticas") fluctúen cada vez con mayor velocidad entre multitudes que no decrecen, desalojándose entre sí con la promesa "de ser más gratificante y satisfactoria" que las anteriores. A diferencia de las "verdaderas relaciones", las "relaciones virtuales" son de fácil acceso y salida. Parecen sensatas e higiénicas, fáciles de usar y amistosas con el usuario, cuando se las compara con la "cosa real", pesada, lenta, inerte y complicada. Un hombre de Bath, de 28 años, entrevistado en relación con la creciente popularidad de las citas por Internet en desmedro de los bares de solas y solos y las columnas de corazones solitarios, señaló una ventaja decisiva de la relación electrónica: "uno siempre puede oprimir la tecla 'delete'".

Como si obedecieran a la ley de Gresham, las relaciones virtuales (rebautizadas "conexiones") establecen el modelo que rige a todas las otras relaciones. Eso no hace felices a los hombres y las mujeres que sucumben a esa presión; al menos no los hace más felices de lo que eran con las relaciones previrtuales. Algo se gana, algo se pierde.

Tal como señaló Ralph Waldo Emerson, cuando uno patina sobre hielo fino, la salvación es la velocidad. Cuando la calidad no nos da sostén, tendemos a buscar remedio en la cantidad. Si el "compromiso no tiene sentido" y las relaciones ya no son confiables y difícilmente duren, nos inclinamos a cambiar la pareja por las redes. Sin embargo, una vez que alguien lo ha hecho, sentar cabeza se vuelve aún más difícil (y desalentador) que antes —ya que ahora carece de las habilidades que podrían hacer que la cosa funcionara—. Seguir en movimiento, antes un privilegio y un logro, se convierte ahora en obligación. Mantener la velocidad, antes una aventura gozosa, se convierte en un deber agotador. Y sobre todo, la fea incertidumbre y la insoportable confusión que supuestamen-

te la velocidad ahuyentaría, aún siguen allí. La facilidad que ofrecen el descompromiso y la ruptura a voluntad no reducen los riesgos, sino que tan sólo los distribuyen, junto con las angustias que generan, de manera diferente.

Este libro está dedicado a los riesgos y angustias de vivir juntos, y separados, en nuestro moderno mundo líquido.



1. ENAMORARSE Y DESENAMORARSE

“Mi querido amigo, le envió un pequeño trabajo del que podría decirse, sin ser injusto, que no tiene pies ni cabeza, ya que por el contrario todo en él es, alternativa y recíprocamente, pies y cabeza. Le suplico considere la admirable conveniencia que tal combinación nos ofrece a todos: a usted, a mí y al lector. Podemos interrumpir, yo mis cavilaciones, usted el texto, y el lector su lectura, ya que no pretendo mantener interminablemente la fatigosa voluntad de ninguno de ellos unida a una trama superflua. Retire uno de los anillos, y otras dos piezas de esta tortuosa fantasía volverán a encajar sin dificultad. Recorte varios fragmentos y advertirá que cada uno de ellos se sostiene por sí mismo. Me atrevo a dedicarle a usted la serpiente entera con la esperanza de que algunos de sus tramos le gusten y lo diviertan.”

De esta manera, Charles Baudelaire presentaba *Spleen de Paris* a sus lectores. Es una pena que lo haya hecho. De no ser así, yo mismo hubiese querido componer un preámbulo igual o similar para lo que sigue a continuación. Pero lo hizo, y yo sólo puedo citar. Walter Benjamin, por supuesto, eliminaría la palabra “sólo” de esta última frase. Y si lo pienso dos veces, yo también.

“Recorte varios fragmentos y advertirá que cada uno de ellos subsiste por sí solo.” Mientras que los fragmentos salidos de la pluma de Baudelaire sí lo hicieron, sólo el justo derecho del lector, ya que no el mío, decidirá si los dispersos tramos de pensamiento reunidos a continuación subsisten o no.

En la familia de los pensamientos hay enanos en abundancia. Por eso fueron inventados la lógica y el método, y una vez inventados fueron adoptados con gratitud por los pensadores de pensa-

lar las inalterables leyes no escritas / de Dios y el cielo, ya que sólo eres un hombre. / Ésas no son de ayer ni hoy, sino eternas, / aunque no podamos decir de dónde es que salieron”.

En este punto, diríamos, los caminos de Antígona y Little Mo se separan. Por cierto, es difícil que escuchemos a los residentes de Albert Square mencionar a Dios (los pocos que lo hacen desaparecen rápidamente de la saga, ya que están flagrantemente fuera de lugar. Allí, al igual que en muchas otras calles de nuestras ciudades, *Deus* ha estado por mucho tiempo *absconditus*, no tiene celular y su teléfono no figura en la guía telefónica; por lo tanto, nadie puede alegar, de manera creíble, que sabe exactamente cómo sonarían Sus instrucciones si fueran audibles. Los derechos de la familia pueden ser más duraderos que el deber hacia la pareja elegida, pero en Albert Square nadie parece recibir la sanción divina. La lamentable situación de Little Mo no está provocada por el temor de Dios. Entonces, ¿en qué sentido —si es que hay alguno— el drama de Little Mo es una repetición de la tragedia de Antígona?

En la versión que da Sófocles de la historia de Antígona, el Mensajero sale a escena para resumir el significado del relato, pero también para anticiparse y responder a nuestra pregunta, una pregunta que, a diferencia de lo que ocurre con las palabras empleadas para hacerla comprensible para los espectadores, obviamente no ha envejecido: “¿Qué es la vida del hombre? Algo no determinado / para bien o para mal, ni creado para la culpa o la alabanza. La suerte eleva a un hombre a las alturas, la suerte hace que se hunda / y nadie puede predecir qué será de lo que es”.

De modo que es el futuro, el aterrador, desconocido e impenetrable futuro (que es, tal como repitió Levinas, el epítome, el parangón, la más completa representación de la “absoluta alteridad”), y no la dignidad del pasado, por venerable que sea, lo que se oculta tras el dilema al que tanto Little Mo como Antígona deben enfrentarse. “Nadie puede predecir qué será de lo que es”, pero tampoco nadie puede soportar fácilmente esa imposibilidad. En ese mar de incertidumbre, uno busca salvación en pequeñas is-

las de seguridad. ¿Una historia que ostenta un pasado más largo tiene más probabilidades de ingresar al futuro, incólume y sin daños, que otra, por cierto “hecha y deshecha por el hombre”, que procede flagrantemente “de ayer o de hoy”? No hay manera de saberlo, pero resulta tentador creer que sí. Hay poco para elegir, de todos modos, en esa interminable, siempre inconclusa y frustrante búsqueda de certeza...

Tras escuchar el veredicto adverso del jurado, Little Mo se dirige a su padre y dice: “Lo siento...”.

En la lengua alemana, la afinidad está caracterizada como el opuesto del parentesco.

La “afinidad” es parentesco *con reservas...* es parentesco *pero...* (*Wahlverwandschaft*, equivocadamente traducido como “afinidad electiva”, un flagrante pleonasma, ya que ninguna *afinidad* puede ser no electiva; sólo el *parentesco* está pura y simplemente, se quiera o no, *predeterminado...*). La elección es el factor calificador: transforma el parentesco en afinidad. Sin embargo, también delata la ambición de la afinidad: su intención es ser *como* el parentesco, tan incondicional, irrevocable e indisoluble como el parentesco (eventualmente, la afinidad se entrelazará con el linaje y se hará indiscernible del resto de la red de parentesco; la afinidad de una generación se convertirá en el parentesco de la siguiente). Pero ni siquiera los matrimonios —contrariamente a la insistencia de los sacerdotes— se realizan en el cielo, y lo que los seres humanos han unido puede ser disuelto por los seres humanos.

Por supuesto, nos encantaría que el parentesco estuviera precedido por la elección, pero también que, luego de la elección, el parentesco fuera exactamente lo que ya es: firmemente resistente, duradero, confiable, persistente, indisoluble. Ésa es la ambivalencia endémica de toda *Wahlverwandschaft*, su marca de nacimiento (una peste y un encanto, una bendición y una pesadilla) que no puede borrarse. El acto fundante de la elección es el poder de seducción de la afinidad y su condena. El recuerdo de la elección, su

pecado original, está destinado a arrojar una larga sombra y a oscurecer incluso la más brillante unión llamada "afinidad": la elección, a diferencia del destino del parentesco, es una calle de doble mano. Uno siempre puede echarse atrás, y el conocimiento de esa posibilidad hace aún más desalentadora la tarea de mantener la dirección.

La afinidad nace de la elección y el cordón umbilical jamás se corta. A menos que la elección se rehaga a diario y se concreten actos nuevos para confirmarla, la afinidad se marchitará y declinará hasta derrumbarse o desarticularse. La intención de mantener viva la afinidad es presagio de una lucha cotidiana y promesa de una vigilancia sin descanso. Para nosotros, habitantes del moderno mundo líquido que aborrece todo lo sólido y durable, todo lo que no sirve para el uso instantáneo y que implica esfuerzos sin límite, esa perspectiva supera toda capacidad y voluntad de negociación. Establecer un vínculo de afinidad proclama la intención de hacer que ese vínculo sea como el de parentesco, pero también la disposición a pagar el precio del avatar con la dura moneda de la monotonía de lo cotidiano. Cuando esa disposición (o, según el tipo de entrenamiento ofrecido y recibido, la solvencia de los valores) no existe, uno es más proclive a pensarlo dos veces antes de actuar de acuerdo con esa intención.

Por lo tanto, vivir juntos ("y esperemos para ver cómo funciona y adónde nos conduce *eso*") adquiere el atractivo del que carecen los vínculos de afinidad. Sus intenciones son modestas, no se hacen promesas, y las declaraciones, cuando existen, no son solemnes, ni están acompañadas por música de cuerdas ni manos enlazadas. Casi nunca hay una congregación como testigo y tampoco ningún plenipotenciario del cielo para consagrar la unión. Uno pide menos, se conforma con menos y, por lo tanto, hay una hipoteca menor para pagar, y el plazo de pago es menos desalentador. Sobre "vivir juntos", el futuro parentesco, deseado o temido, no arroja su oscura sombra. "Vivir juntos" es un *porque*, no un *para qué*. Todas las opciones siguen abiertas, y los hechos del pasado no tienen la autoridad necesaria para eliminarlas.

Los puentes son inútiles si no cubren toda la distancia entre ambas costas, pero en el "vivir juntos" la otra costa está envuelta en una bruma que nunca se disipa, una bruma que nadie desea disipar y que nadie intenta dispersar. No se sabe qué se verá si la bruma se disipa, y no se sabe si en realidad hay algo oculto bajo la bruma. ¿La otra costa está allí o es tan sólo una *fata morgana*, una ilusión conjurada por la bruma, un efecto de la imaginación que hace que usted vea formas extrañas en las nubes pasajeras?

Vivir juntos puede significar compartir el barco, la mesa del comedor y las literas de los camarotes. Puede significar navegar juntos y compartir las alegrías y las penurias de la travesía. Pero no se trata de cruzar desde una costa hasta otra, por lo que su propósito no es representar a los (ausentes) sólidos puentes. Es posible conservar la bitácora de aventuras pasadas, pero en ella sólo se habrá registrado una somera mención del itinerario y del puerto de destino. La bruma que cubre la otra costa —desconocida, que no figura en los mapas— puede ser delgada y dispersarse, dejando atisbar los contornos de un puerto; se puede decidir navegar hasta él, pero todo eso no está escrito —ni podría escribirse— en el diario de navegación.

La afinidad es un puerto que conduce al refugio seguro del parentesco. La unión que implica "vivir juntos" y la unión del parentesco son dos universos diferentes, cada uno con su propio espacio-tiempo, cada uno completo en sí mismo, con sus propias leyes y su propia lógica. Ningún pasaje de uno a otro está trazado de antemano, aunque uno puede, por azar, toparse con la ruta que los comunica. No hay manera de saber, al menos no de manera anticipada, si vivir juntos resultará una ruta pública o una calle sin salida. Es necesario recorrer los días como si esa diferencia no importara, y en cierto modo eso es lo que vuelve irrelevante el "qué es cada cosa".

El hecho de que la afinidad ortodoxa haya pasado de moda y ya no se practique ha afectado inevitablemente la situación del parentesco. Al carecer de puentes estables para permitir la afluencia de tránsito, las redes de parentesco no pueden menos que sentirse frágiles y amenazadas. Sus límites son confusos y conflictivos, ya que

se disuelven en un terreno que carece de títulos de propiedad y derechos hereditarios, en una tierra de frontera que se convierte a veces en campo de batalla y otras veces en el objeto de luchas judiciales no menos crueles. Las redes de parentesco ya no pueden estar seguras de sus posibilidades de supervivencia, por no hablar de calcular sus propias expectativas de vida. Esa fragilidad las torna aún más preciosas. Se han vuelto frágiles, sutiles, delicadas; inspiran sentimientos protectores, inducen al abrazo, a la caricia, anhelan ser tratadas con amoroso cuidado. Y ya no desafían con arrogancia como cuando nuestros antepasados aborrecían y se revelaban contra la rigidez y la asfixia del abrazo familiar. Ya no están seguras de sí mismas, sino más bien dolorosamente conscientes de que un solo paso en falso podría ser fatal para su supervivencia. Nadie se tapa ya los ojos ni los oídos, las familias miran y escuchan con atención, demasiado dispuestas a corregir sus hábitos y prestas a devolver el afecto y el amor con la misma moneda.

Paradójicamente –o, después de todo, no tan paradójicamente– el atractivo y el poder del parentesco creció a medida que disminuía el magnetismo y se empequeñecía el poder de la afinidad...

De manera que aquí estamos, vacilantes y maniobrando con dificultad entre dos mundos notoriamente distanciados y enfrentados entre sí, a pesar de ser ambos deseables y deseados, sin que los una ningún pasaje conocido, y menos aún caminos abiertos y transitados.

Treinta años atrás (en *The Fall of Public Man*), Richard Sennett señaló el advenimiento de “una ideología de la intimidad” que “transmuta las categorías políticas en categorías psicológicas”.¹⁰

Una de las portentosas consecuencias de esa nueva ideología fue la sustitución de la “identidad compartida” por los “intereses compar-

¹⁰ Richard Sennett, *The Fall of Public Man*, Nueva York, Random House, [1974] 1978, pp. 259 y ss. [trad. esp.: *El declive del hombre público*, Barcelona, Península, 1978].

tidos”. La fraternidad basada en la identidad se convertiría –advertía Sennett– en “la empatía por un grupo selecto de gente aliada por medio del rechazo de aquellos que no se hallaban dentro del círculo local”. “Ajenos, desconocidos, diferentes se convierten en criaturas a las que se les hará un vacío.”

Pocos años más tarde, Benedict Anderson acuñó la expresión “comunidad imaginada” para describir el misterio de la autoidentificación con una amplia categoría de extraños con los que uno cree compartir algo suficientemente importante como para referirse a ellos como un “nosotros”, comunidad de la cual yo, quien habla, formo parte. El hecho de que Anderson considerara esa identificación con una población dispersa de personas desconocidas como un misterio que requería explicación fue una confirmación indirecta –y por cierto un tributo– de las intuiciones de Sennett. En el momento en que Anderson desarrolló su modelo de “comunidad imaginada”, la desintegración de los lazos y vínculos impersonales (y con ellos, tal como señaló Sennett, del arte de la “civilidad”, es decir, de “usar la máscara” que simultáneamente protege y permite disfrutar de la compañía) había alcanzado una etapa avanzada y, por lo tanto, el palmeo de espaldas, la proximidad, la intimidad, la “sinceridad”, el “entregarse sin reservas”, sin guardar secretos, la confesión compulsiva y obligatoria se convertían rápidamente en la única defensa humana contra la soledad y en el único telar disponible donde tramar el anhelo de unión. Sólo se podía concebir una totalidad más amplia que el propio círculo de confesión mutua como un “nosotros” aumentado y extendido, como esa semejanza, mal llamada “identidad”, magnificada. La única manera de incluir “desconocidos” en ese “nosotros” era adjudicándoles el lugar de potenciales socios de los ritos confesionales, destinados a revelar un “interior” similar (y por lo tanto, familiar) cuando se los presionara a revelar sus intimidades.

La comunión de interioridades, basada en una revelación mutuamente inducida, puede ser el núcleo de la relación amorosa. Puede echar raíces, germinar, prosperar dentro de la isla autopre-

La necesidad de la solidaridad parece resistir y sobrevivir a los embates del mercado, y no precisamente porque el mercado ceje en sus intentos. Siempre que hay necesidad, existe una oportunidad de lucro, y los expertos en *marketing* aguzan su ingenio al punto de sugerir que la solidaridad, una sonrisa amigable, la unión o la ayuda en caso de necesidad, pueden ser compradas en un mostrador. Siempre tienen éxito, y siempre fracasan. Los sucedáneos comprados son incapaces de reemplazar los lazos humanos. En su versión comercial, los lazos se transforman en bienes, es decir que son transferidos a otra esfera, regida por el mercado, y dejan de ser lazos capaces de satisfacer esa unión que sólo se concibe y mantiene viva con más unión. La cacería de los mercados en pos del capital escondido e inexplorado de la socialidad humana¹⁵ no puede tener éxito.

Cuando la "zona gris" de la solidaridad humana, de la amistad y el compañerismo se observa a través del cristal de un mundo ordenado, funcional y bien construido, parece el reinado de la *anarquía*. El concepto de "anarquía" está cargado de una historia esencialmente antiestatista. Desde Godwin hasta Kropotkin, pasando por Proudhon y Bakunin, los teóricos de la anarquía y los fundadores de los movimientos anarquistas utilizaron el término "anarquía" para dar nombre a una sociedad alternativa, y como antónimo de un orden coercitivo y apoyado en el poder. La sociedad alternativa que postularon se diferenciaba de la ya existente en cuanto carecía de Estado, epítome del poder intrínsecamente corrupto e inhumano. Una vez que el Estado fuese desmantelado y eliminado, los seres humanos recurrirían (¿regresarían?) a los valores de la ayuda

¹⁵ Acerca del concepto de "socialidad", véase *Postmodern Ethics*, Cambridge, Polity, 1993, p. 119 [trad. esp.: *Ética posmoderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004]. La yuxtaposición de "socialidad" y "socialización" es paralela a la de "espontaneidad" y "manejo". "La socialidad ubica la singularidad por sobre la regularidad, y lo sublime por sobre lo racional, y en consecuencia es por lo general inhóspita para las normas, vuelve problemática la redención discursiva de las normas y cancela el significado instrumental de la acción."

mutua, utilizando, como Mikhail Bakunin no dejaba de repetir, sus dotes naturales para pensar y rebelarse.¹⁶

La cólera de los anarquistas del siglo XIX se ensañaba con el Estado, para ser más precisos con el Estado *moderno*, una novedad para la época que no estaba aún lo suficientemente afianzada como para argumentar legitimidad histórica o para confiar en la obediencia rutinaria. El Estado se esforzó por lograr un control metódico y ubicuo de todos aquellos aspectos de la vida humana que los poderes del pasado habían dejado en manos de los recursos y modos colectivos particulares. Reclamó el derecho de interferir en áreas de las cuales los poderes anteriores, por opresivos y explotadores que fueran, se habían mantenido al margen, y concibió los medios para hacerlo. Se abocó en especial al desmantelamiento de *les pouvoirs intermediaires*, es decir, de las formas preexistentes de autonomía local, autoafirmación y autogestión comunales. Sitias, las formas habituales de resolver los problemas y conflictos generados por la vida comunitaria parecían ser la punta de lanza del movimiento anarquista, ya que estaban instaladas y eran de hecho "naturales". También se creyó que podían ser autosustentables y plenamente capaces de mantener el orden cualesquiera que fueran las condiciones o circunstancias sociales y en tanto y en cuanto fuesen protegidas de imposiciones emanadas del Estado. La anarquía, es decir, una sociedad sin Estado ni sus armas de coerción, fue imaginada como un orden no coercitivo, en el cual la necesidad no estaba en conflicto con la libertad, ni la libertad se interponía en el camino de los prerrequisitos necesarios para la vida en común.

La *Weltanschauung* anarquista de los primeros años tenía un fuerte aroma nostálgico que compartía con el socialismo utópico de la época (las enseñanzas de Proudhon y Weitling evidencian la

¹⁶ Véase el notablemente lúcido estudio de Valentina Fedotova, "Anarkhia i potiadok" [Anarquía y orden], en *Voprosi Filosofii* 5, 1997, recientemente reeditado en una colección de estudios de la autora del mismo título (Editorial URSS, 2000, pp. 27-50).

Íntima afinidad entre ambos): el sueño de deshacer el camino andado desde el nacimiento de una nueva forma moderna de poder social y capitalismo (es decir, la separación del negocio de la estructura familiar) para regresar a una acogedora intimidad de unidad comunal de sentimientos y acciones, más idealizada que verdaderamente libre de conflictos. Fue esta forma temprana, nostálgica y utópica de la anarquía la que se instaló en las conciencias de la sociedad moderna y la que inspiró la mayoría de las interpretaciones que hicieron de ella las ciencias políticas.

Pero el pensamiento anarquista tuvo otro significado, menos ceñido a una época, que permaneció escondido detrás de su ostensible rebelión contra el Estado y que por eso mismo fue pasado por alto. Ese otro significado se ajusta a la idea de *communitas* de Victor Turner:

Ex como si hubiese aquí dos "modelos" principales de interrelaciones humanas yuxtapuestos y alternantes. El primero es el de la sociedad como sistema estructurado, diferenciado y a menudo jerárquico de posiciones político-legal-económicas. [...] El segundo [...] es el de la sociedad como una *communitas* desestructurada, rudimentariamente estructurada o relativamente indiferenciada, una comunidad o incluso una comunión igualitaria de individuos que se someten juntos a la autoridad ritual de sus mayores.¹⁷

Turner utilizó el lenguaje de la antropología y planteó el tema de la *communitas* dentro del campo habitual de la problemática antropológica y como parte de las preocupaciones que hacen a los diferentes modos los conglomerados humanos ("sociedades", "culturas") aseguran su perdurabilidad y autorreproducción continua. Pero los dos modelos que Turner describe pueden no ser interpretados como dos tipos de sociedades diferentes, sino como representaciones

¹⁷ Victor Turner, *The Ritual Process: Structure and Anti-structure*, Nueva York, Routledge, 1969, p. 96 [trad. esp.: *El proceso ritual: estructura y antiestructura*, Madrid, Taurus, 1988].

de formas complementarias de coexistencia humana que se combinan en proporciones variables en todos y cada uno de los conglomerados humanos duraderos.

Ninguna variedad de coexistencia humana está estructurada por completo, ninguna diferenciación interna lo abarca todo, lo comprende todo ni está libre de ambivalencias, ninguna jerarquía es total y estática. La lógica de las categorías no se adecua bien a la diversidad y el desorden de las interacciones humanas. Todo intento de estructuración abarcadora deja numerosos "cabos sueltos" e implicaciones polémicas, produce puntos ciegos, zonas indefinidas, ambigüedades y tierras de nadie inexploradas y sin cartografía oficial. Todas esas sobras del esfuerzo ordenador constituyen el dominio de la espontaneidad humana, de la experimentación y la auto-determinación. La *communitas* es, para bien o para mal, la contracara de toda *societas*, y en ausencia de la *communitas* (ausencia difícilmente imaginable), la *societas* se desintegraría. Son la *societas*, con sus rutinas, y la *communitas*, con su anarquía, las que *juntas*, en cooperación reticente y conflictiva, marcan la diferencia entre el orden y el caos.

La tarea que la institucionalización, ejercitando su brazo coercitivo, hace a medias o no logra realizar queda en manos de la espontánea capacidad inventiva de los seres humanos para reparar y completar. Desprovista de la comodidad que aporta la rutina, la creatividad (como señaló Bakunin) sólo cuenta con dos facultades humanas: la capacidad para pensar y la tendencia a (y el coraje para) rebelarse. El ejercicio de cualquiera de estas dos habilidades entraña numerosos riesgos y, a diferencia de la rutina, institucionalmente arraigada y protegida, poco puede hacerse para reducir esos riesgos o hacerlos desaparecer. La *communitas* (que no debe ser confundida con las contrasociedades que se adjudican el nombre de "comunidades" pero que reproducen los métodos de la *societas*) habita en la tierra de la incertidumbre, y no lograría sobrevivir en ninguna otra parte.

La supervivencia y el bienestar de la *communitas* (y por lo tanto, e indirectamente, también de la *societas*) dependen de la imagina-

ción humana, de su inventiva y coraje para *romper* la rutina y aventurarse por caminos *inexplorados*. En otras palabras, depende de la habilidad humana para vivir en riesgo y aceptar responsablemente sus consecuencias. En estas habilidades descansa la "economía moral" –cuidado y ayuda mutuos, vivir *para* el otro, tejer la trama del compromiso humano, ajustar y corregir los lazos interhumanos, transformar los derechos en obligaciones, compartir la responsabilidad del destino y el bienestar de todos–, indispensable para rellenar los agujeros abiertos, empresa siempre inconclusa de la estructuración, y contener la inundación que ella ha desatado.

La invasión y colonización de la *communitas*, sede de la moral económica, a manos de las fuerzas del mercado de consumo, representa el mayor de los peligros que amenazan hoy a la unión humana.

El blanco principal del ataque de los mercados son los humanos en cuanto *productores*. Una vez conquistada y colonizada toda la tierra, sólo los *consumidores* obtendrán su permiso de residencia. El difuso albergue donde se alojaban las condiciones de vida compartida será clausurado y desmantelado. Los modelos de vida, así como los tipos de vínculos que los sostienen, sólo estarán disponibles bajo la forma de "bienes". Así como el Estado, obsesionado por el orden, combatió (no sin riesgo para sí mismo) a la anarquía, sello distintivo de la *communitas*, por la amenaza que ésta implicaba para la rutina asistida por el poder, el mercado consumista, obsesionado por el lucro, también combate la anarquía por su escandalosa capacidad productiva y el potencial de autosuficiencia que supuestamente podría desprenderse de ella. Es justamente porque la economía moral tiene tan poca necesidad de los mercados que las fuerzas del mercado se han alzado en armas contra ella.

En esa guerra se ha desplegado una doble estrategia.

Primero, todos los aspectos posibles de economía moral independiente de los mercados es cosificada hasta cobrar el aspecto de un objeto de consumo.

Segundo, todo elemento de la economía moral de la *communitas* que resista dicha cosificación es considerado irrelevante para la prosperidad de la sociedad de consumo. Se lo despoja de todo valor, en una sociedad entrenada para medirlo todo en términos pecuniarios e identificar el valor con el precio que figura en las etiquetas de bienes y servicios vendibles y comprables. Por último, se lo corre de la atención pública (y se espera que también de la individual) borrándolo de las cuentas públicas indicadoras del bienestar humano.

El resultado de esta guerra actual no está ni remotamente definido, aunque hasta el momento la ofensiva proviene de uno solo de los bandos, mientras que el otro se encuentra en permanente retirada. La *communitas* ha perdido mucho terreno, y los almacenes de barrio que sueñan con convertirse en centros comerciales florecen donde una vez eran ellos los que cosechaban.

Perder terreno es un suceso ominoso y potencialmente desastroso en el desarrollo de una guerra, pero el factor que en definitiva decide el resultado de las hostilidades es siempre la habilidad de las tropas para luchar. El terreno es más fácil de recobrar que el ánimo cuando se ha perdido, y que la confianza en los objetivos y probabilidades de la resistencia cuando ha flaqueado. Es esto precisamente lo que augura un destino más oscuro para la economía moral.

El éxito principal y más trascendente de la ofensiva del mercado hasta el momento ha sido la gradual (pero de ninguna manera completa o irremontable) aunque sistemática erosión de las habilidades de socialidad. En términos de relaciones interpersonales, los actores carentes de entrenamiento funcionan cada vez más seguido en "modalidad de agencia", actuando de forma heterónoma, siguiendo instrucciones explícitas o subliminales, y guiados principalmente por el deseo de cumplir las órdenes al pie de la letra y por el miedo a apartarse de los modelos en boga. El magnetismo seductor del comportamiento heterónomo redundando sobre todo en un abandono de las responsabilidades: una receta autorizada que viene en un mismo paquete junto con un acta que nos libera de la nece-